BENJAMIN MARTIN SANCHEZ
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

EL PROBLEMA DEL DOLOR O LAGRIMAS DE ORO

Editorial
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 – 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 – Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
C/ RECAREDO, 14 - 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

Depósito legal: M. 2.867-2012
ISBN: 978-84-7770-404-1

Impreso por: Impresos y Revistas, S. A. (Grupo IMPRESA)

INDICE

A los que sufren 3
El problema del dolor 5
El origen del mal 6
Siempre habrá buenos y malos 14
Soluciones dadas en el Antiguo Testamento . .16
Causas del dolor en el Antiguo Testamento . .19
El clamor de los que sufren 22
Persecución de los buenos y su triunfo 48

A LOS QUE SUFREN

Para ti que tanto sufres y a quien nada puede consolar en tu enorme tristeza; para ti que lloras la muerte de un ser querido; para ti que penas entre barrotes de una cárcel condenado por la sociedad; para ti que, entregado al vicio y al pecado, vives como atormentado y como los que no tienen esperanza...

Para ti y para los que padecen de un modo o de otro...; para todos los que no comprenden el porqué del dolor, máxime cuando sin culpa personal alguna ven que el niño nace ciego, que la muerte arrebató al inocente o se halla en la pobreza, humillado y perseguido...; para todos escribo estas líneas y con el único deseo de proporcionar un poco de consuelo y de llevar paz y resignación cristiana a sus almas.

¿Por qué sufrimos?

¿Por qué propseran los malos?

Por qué sufren tanto los buenos?

Este problema lo plantea Juan Pablo II en su Carta Apostólica «Salviffici doloris» y lo intentaremos resolver especialmente a la luz de la revelación, pues como nos dice el Concilio Vaticano II, «el enigma del dolor y de la muerte, que

fuera del Evangelio nos envuelve en absoluta oscuridad, se ilumina en Cristo y por Cristo» (GS. 22).

«A la luz de esta revelación, la sublime vocación y la miseria profunda que el hombre experimenta hallan simultáneamente su última explicación (GS. 13), y a esta luz tus lágrimas tendrán un gran valor, serán «lágrimas de oro».

Muchos se extrañan y hasta se escandalizan ante la prosperidad de los impíos y ante las aflicciones y pruebas porque pasan los justos.

¿Cómo es posible que los malos gocen ahora de tanta felicidad y bienestar mientras los justos suelen pasar por tantas tribulaciones?

Esto no debe ser motivo de tentación para los justos ni por ello dejar de obrar el bien.

Siendo, pues, bastantes las cruces y sufrimientos que hallamos en nuestro caminar por este mundo, ¿cómo se explica el problema del dolor? ¿Por qué existe el sufrimiento en el mundo? ¿Cómo debemos sufrir?

He aquí el tema sobre el que vamos a reflexionar.

Benjamín Martín Sánchez

Zamora, 20 enero 1986.

EL PROBLEMA DEL DOLOR

¿Cómo resolverlo?

Este es un problema transcendental. El Papa Juan Pablo II le ha dedicado una Carta Apostólica, titulada .Salvifici doloris», que versa «sobre el sentido cristiano del sufrimiento humano».

Este tema del dolor, nos dice, «es un tema universal, que acompaña al hombre a lo largo y ancho de la geografía», y que «pertenece a la transcendencia del hombre», y porque «la Sagrada Escritura es un gran libro sobre el sufrimiento», nos refiere algunos ejemplos de situaciones que llevan el signo del sufrimiento, y cómo en el vocabulario del Antiguo Testamento el «mal» se identifica con el «sufrimiento»...

Lo admirable es saber que Cristo eligió para salvarnos el camino del sufrimiento y la verdadera respuesta al porqué del dolor es el amor divino, fuente última del sentido de todo lo existente...

Las persecuciones y trabajos padecidos «a causa de su nombre» (Lc. 21, 12-19) suponen «una verifcación especial de la semejanza a Cristo y de la unión con Él».

Parte del «Evangelio del sufrimiento», dice el Papa es la parábola del buen Samaritano»... Todo hombre debe ser sensible al sufrimiento ajeno... Al identificarse Cristo con el prójimo (Mt. 25, 34-40), resulta que lo que hacemos al prójimo, lo hacemos al mismo Cristo. Cristo hace suyo así el sufrimiento de los demás: «Cristo, ciertamente, a un mismo tiempo ha enseñado a los hombres a hacer bien con el sufrimiento y a hacer bien al que sufre».

Empezaremos por exponer cuál es el origen del mal en el mundo, y luego iremos viendo las soluciones dadas al problema del dolor...

EL ORIGEN DEL MAL

La Biblia nos dice:

Todas las cosas creadas o salidas de manos de Dios *«eran en gran manera buenas»* (Gén. 1, 31). Por consiguiente, el origen del mal, la malicia o pecado que hay ahora en el mundo, y del cual nacen todos los males, no procede del Creador, sino del abuso de la libertad del hombre.

La Biblia también nos dice: «Nadie diga: Mi pecado viene de Dios, que no hace Él lo que detesta. Dios le dejó en manos de su libre albedrío. A ninguno manda obrar impíamente, a ninguno da permiso para pecar» (Eclo. 15, 11 y 25).

La misma Escritura Santa nos da solución a este problema al decirnos:

«Por un hombre entró el pecado en el mundo

y por el pecado la muerte» (Rom. 5, 12), y en el libro de la Sabiduría leemos: «Por envidia del diablo entró la muerte en el mundo» (Sab. 2, 24).

Por el pecado también Dios maldijo la tierra y de ella todo hombre comerá el pan con trabajo y sudor de su rostro los días de su vida (Gén. 4, 17-18).

Los pecados y las abominaciones de los hombres son la causa de los castigos de Dios (Jer. 4).

El origen, pues, del mal y de todos los sufrimientos: hambre, peste, guerras, muerte..., son debidos al primer pecado... y a los pecados personales de los hombres.

El Conc. Vat. II nos dice: «Creado por Dios en la justicia, el hombre, sin embargo, por instigación del demonio, en el propio exordio de la historia, abusó de la libertad, levantándose contra Dios y pretendiendo alcanzar su propio fin al margen de Dios...

El hombre, en efecto, cuando examina su corazón, comprueba su inclinación al mal, y se siente anegado por muchos males, que no pueden tener origen en su santo Creador» (GS. 13).

El misterio del dolor

Para entender *el por qué del dolor*, hemos de remontarnos a la creación del hombre. Al comienzo de la Biblia se nos revela que Dios es el creador del mundo y del hombre, y al hablar del problema del dolor son varias las preguntas que se nos ofrecen:

1.ª *¿Por qué nos creó Dios?*

2.ª *¿Por qué Dios se hizo hombre para sufrir por nosotros?*

3.ª *¿Por qué sufrimos nosotros ahora?*

A estas preguntas contestaremos:

1.º Dios nos creó no para aumentar su felicidad, porque Él ya era eternamente feliz, sino para que nosotros fuésemos felices (Ef. 1, 4) y nos creó movido de su amor, pues «nosotros existimos porque Dios es bueno» y nos ama (S. Agustín).

Conviene notar que Dios sometió a nuestros primeros padres a una prueba y les advirtió que para ser felices le obedeciesen y no quebrantaran el mandato que les dio, porque sino quedarían sujetos al dolor y a la muerte. Y sucedió que el hombre pecó y de ahí el castigo de quedar el mundo convertido en un valle de lágrimas.

Dios entonces en vez de aniquilar al hombre, se compadece y viene a la tierra a redimirnos (y así entenderemos la siguiente pregunta):

2.º ¿Por qué Dios se hizo hombre y quiso sufrir? Quiso sufrir porque la ofensa del hombre se dirigía a Dios infinito y nuestros pecados necesitaban una reparación de valor infinito, y Dios movido de su amor vino para reparar con sus sufrimientos nuestros pecados y así redimirnos.

Este es el gran misterio del dolor divino: ¿Por qué Jesucristo (el Dios hecho hombre) quiso así redimirnos mediante el sufrimiento de la cruz y no buscó otro medio exento del dolor? ¿Cómo explicar esto?

Este misterio no tiene otra explicación que su

gran amor a los hombres. Así nos está revelado:

Tanto amó Dios al mundo que le dio su Unigénito Hijo... para que el mundo sea salvado por Él (Jn. 3, 16-17).

El amor de Dios hacia nosotros se manifestó en que Dios envió al mundo a su Hijo Unigénito... como propiciación por nuestros pecados (1 Jn. 4, 9-10).

Me amó y se entregó a la muerte por mí (Gál. 2, 20).

Admitido este misterio, tenemos que decir que «el misterio del dolor humano se esclarece contemplando el misterio del dolor divino» (Gar-Mar).

3.º ¿Por qué sufrimos nosotros ahora? A la luz de la Biblia nuestro dolor no tiene otra explicación que la malicia del pecado. Sufrimos por haber pecado todos en Adán y por nuestros pecados personales (si bien al dolor podemos asignarle otros motivos como veremos).

De todos modos hemos de reconocer con Juan Pablo II que «el pecado es la raíz más honda de todos los males en la historia de los hombres» *(Dives in misericordia)*».

La Biblia está sembrada de numerosos ejemplos de castigos y sufrimientos por la malicia de los hombres. Preguntemos:

—¿Por qué mandó Dios al diluvio universal? Porque la tierra estaba llena de iniquidad y violencia a causa de los hombres (Gén. 6, 13).

—¿Por qué luego mandó Dios otro diluvio de fuego sobre las ciudades de Sodoma y de Gomo-

rra? Porque sus pecados de impureza clamaban venganza al cielo (Gén. 18 y 19).

—¿Por qué castigó Dios a los israelitas cuando iban a través del desierto , y por qué más tarde los llevaría al destierro y les tocó tanto sufrir? Porque no obedecieron sus mandamientos inculcados por los profetas, y «por haber pecado contra Yahvé su Dios» (2 Rey. 17, 22-23).

La Biblia nos dice también que la causa de las guerras, de las grandes sequías y de otras grandes calamidades son los pecados de los hombres...

Reflexionemos ahora:

—Si Jesucristo vino a este mundo a sufrir para redimirnos del pecado y nos invita a seguirle por el camino de la cruz (Lc. 9, 23),

—si nos dice, según lo vaticinado por los profetas, que «era preciso que Él sufriese para entrar en su gloria» (Lc. 24, 26), y sabiendo que «por muchas tribulaciones hemos de entrar en el cielo» (Hech. 14, 21), ¿qué consecuencia podemos sacar de estas enseñanzas?

La maravillosa lección que podemos sacar es la aprendida por los santos: imitar a Cristo que sufrió voluntaria e inocentemente por que nos amaba, y al ver que este camino del sufrimiento fue el elegido por Él para salvarnos, si Él sufre por mí, justo es que yo sufra por Él y sepa unir mis sufrimientos a los suyos para que tengan méritos redentores. Entendido así el sufrimiento cuanto suframos no es nada en comparación de la gloria que nos espera (Rom. 8, 18).

Sigamos ahora reflexionando sobre los princi-

pios generales del dolor y las soluciones que nos ofrece la Escritura Santa en el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Principios generales

Dios es el creador del mundo y del hombre, y Él dirige todos los acontecimientos, y nada sucede sin su orden o permiso, esto es, Dios rige y gobierna con su Providencia todas las cosas.

A los seres privados de razón los rige por medio de *leyes físicas* e inflexibles que jamás deroga sin especiales razones, aunque deban resultar algunos desórdenes particulares. Y así en virtud de estas leyes establecidas por Él, cada día el sol nos alumbra, la tierra nos sostiene, el fuego quema, etc.

A los hombres, seres racionales y libres, Dios los dirige por medio de *leyes morales* y les impone las *obligaciones* o el deber de observarlas, pero no los fuerza a ello, por respeto a su voluntad libre.

Muchos dicen: Si Dios es tan bueno y cuida de nosotros, ¿por qué hay padecimientos en el mundo? A esto podríamos responder: ¿Acaso éstos no provienen frecuentemente (como hemos dicho), de nuestras propias faltas?, y ¿quién no ve que tendríamos menos que sufrir, si fuéramos más moderados en nuestros deseos, más razonables en nuestros proyectos, más sobrios y templados en nuestra vida?

No hay duda que los males del cuerpo son generalmente, debidos a las culpas del hombre.

¡Cuántas enfermedades son el resultado de la sensualidad y de la intemperancia. Ejemplos: *glotonería*: Eclo. 31, 24 y 27; 37, 33-34; *embriaguez*: Eclo, 31, 36-40; Ef. 5, 18... Son una expiación que la naturaleza impone a los que infringuen sus leyes.

Hay otros males que son consecuencia de leyes generales establecidas por Dios para el gobierno del mundo: Un hombre cae en el fuego, y naturalmente se quema; un tren escarrila o un avión se estrella contra una montaña y consiguientemente hay víctimas... Dios no está obligado a hacer milagros a cada paso para impedir estos y otros accidentes...

Pero, además de los pecados personales y las leyes generales que gobiernan el mundo, como fuentes de dolor y del sufrimiento hay otra realidad profunda: *el pecado original*, el pecado de nuestros primeros padres, *el pecado de Adán, en quién todos pecamos.*

Por Adán, pues, entró el pecado en el mundo y con el pecado el trabajo penoso, el dolor y la muerte (Gén. 2, 17; 3, 17 s.).

Dios, al respetar como Padre la libertad del hombre, tuvo que respetar las consecuencias que esta libertad abrió al dolor por el pecado. Por esta razón todo el género humano, que es responsable común de aquel pecado (sufriendo ahora en sí los dolores que de aquel pecado nacieron) es el que lo ha de purificar, y unido a los dolores de Cristo restaurar el primer plan de Dios, que todo lo hizo bueno.

En consecuencia, el género humano, o sea, to-

dos nosotros, purificaremos todo nuestro ser: *el alma* por la oración y por el dolor unido a Cristo, y *el cuerpo* también por el dolor y los sufrimientos de esta vida.

Al final de los tiempos, aquellos, para los que no fue inútil el dolor y la muerte, *entrarán vivos en el alma y cuerpo*, (limpios y puros ya, como la nueva raza nacida de Cristo, el segundo Adán) *en el reino de Dios*, donde volverá a ser todo bueno —con nuevos cielos y nueva tierra— y donde el Señor quitará toda lágrima de sus ojos.

En el transcurso de estas páginas veremos, conforme a la Biblia, que Dios permite el dolor, ya *para hacernos expiar* nuestros pecados, ya *para probar* nuestra fidelidad, así en la desgracia como en la dicha; ya, finalmente, *para despegarnos* de este mundo de destierro, o sea, de los bienes terrenos y obligarnos a pensar más en el cielo, nuestra verdadera Patria...

«El sufrimiento es para nosotros lo que los azotes para el niño. Con el dolor nos convertimos y contribuimos a que otros se conviertan. Nada aproxima tanto el hombre a Dios como el sufrimiento».

«La vida es un *Vía-Crucis que conduce al cielo*» (Gar-Mar).

Por la cruz hemos de llegar a la luz que no conoce ocaso (LG. 9).

SIEMPRE HABRA BUENOS Y MALOS

Esa es una realidad fundamental

Supuesta la existencia del pecado, causa y origen de todos los males, forzosamente tenemos que admitir lo que todos estamos viendo, que habrá buenos y malos hasta el fin del mundo, y que estos vivirán mezclados.

Jesucriso nos dijo ya esto al venir a la tierra y que la suerte final de unos y de otros será muy distinta. Y este es el hecho real de este problema. Así lo manifestó Él, como Juez Supremo, al proponer la parábola de la cizaña (Mt. 13, 24 sgts.).

«El reino de los cielos (que tiene principio aquí en la tierra con su Iglesia y luego su término en el cielo) es semejante a un hombre que sembró buena simiente en su campo.

Pero al tiempo de dormir los hombres, vino cierto enemigo suyo y sembró cizaña en medio del trigo, y se fue.

Estando ya el trigo en hierba y apuntando las espigas, descubriose asimismo la cizaña.

Entonces los criados del padre de familia acudieron a él, y le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena simiente en tu campo?; pues ¿cómo tiene cizaña?

Respondieron: Algún enemigo mío la habrá sembrado.

Replicaron los criados: ¿Quieres que vayamos a recogerla? A lo que respondió: No, porque no

suceda que, arrancando la cizaña, juntamente arranqueis con ella el trigo.

Dejad crecer una y otra hasta la siega, que al tiempo de la siega yo diré a los segadores: Coged primero la cizaña, y haced gavillas de ella para el fuego, y meted después el trigo en mi granero».

Explicación:

La parábola propuesta por Jesucristo resultó enigmática para muchos de los que le escuchaban, y por lo mismo sus discípulos le dijeron: Explícanos la parábola de la cizaña sembrada en el campo.

Jesucristo les respondió:

El sembrador de la buena simiente es el Hijo del Hombre (esto es, soy Yo que he venido del cielo a la tierra a sembrarla).

El campo es el mundo; *la buena simiente* son los hijos del reino, es decir, mi doctrina, porque a aquellos en quienes germina los hace hijos de Dios y herederos del cielo; *la cizaña* son los hijos del maligno espíritu. Esta cizaña es la mala semilla, son las obras de las tinieblas, del error y del mal: el folleto, el libro malo... *El enemigo* que sembró esta mala semilla es el diablo. *La siega* es el fin del mundo; *los segadores* son los ángeles.

Y así como se recoge la cizaña y se quema en el fuego, así sucederá al fin del mundo.

Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y quitarán de su reino a los escandalosos y a cuantos obran la maldad.

Y los arrojarán en el horno de fuego: aí será el llanto y crujir de dientes.

Al mismo tiempo los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. El que tenga oídos para entenderlo, entiéndalo».

SOLUCIONES DADAS EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

A la clave del problema, apuntado por Jesucristo en la parábola propuesta, se encaminan las soluciones del salmista.

¿Por qué el malo prospera y aparece feliz en esta vida, mientras el bueno pasa por tantas tribulaciones?

Este problema que tratamos de resolver a la luz de la revelación, lo vemos planteado especialmente en los Salmos 37, 49 y 73 y en el libro de Job.

El salmista da por supuesta la providencia de Dios y su bondad para con los buenos y advierte que muchos al ver la prosperidad de los malos y que gozan de salud y bienestar sin preocuparse de la muerte, les entra como envidia de su suerte y se ven tentados a abandonar la religión.

1.—Solución que da este problema el salmo 37

Sobre la suerte futura del impío dice:

«No te impacientes por los malvados, no envidies a los que hacen el mal, porque vana es su felicidad, ya que desaparecerán como el heno y la

hierba verde, y se evaporarán como el humo; su prosperidad será muy breve y perecerán todos los que obran el mal, y su posteridad será exterminada».

Y sobre la suerte futura del justo, añade: Este continuará viviendo después de su muerte en su herencia», en su posteridad» y en su «nombre». El gozará de paz y «poseerá la tierra» de promisión (figura del cielo)...

Y nos señala el fundamento teológico de esta cuestión al decir: «Dios ama la justicia». Él juzgará en su día al justo y al impío, y dará a cada uno según sus obras.

II. Soluciones en los salmos 49 y 73

Escuchad lo que sigue. El salmista quiere con estas palabras llamar la atención, y es como si dijera: Estad atentos, porque la prosperidad interesa a todos y con sabiduría y con arte voy a descifrarlo.

Solución que da en el salmo 49:

Todos los hombres están sujetos a la ley de la muerte, y los ricos por tanto también morirán y no podrán llevar consigo sus riquezas, pues todas ellas no son capaces de librarles de esta ley inexorable. Al dejar aquí las riquezas al partir de este mundo, síguese que la riqueza no es durable.

La suerte futura de los malos ricos no debe ser envidiada por el justo, porque ellos, despojados de todo, irán al abismo, y por no reflexionar viven semejantes a las bestias que perecen; su figura quedará deshecha, esto es, pasarán al olvi-

do y las riquezas no les servirán para nada en aquel lugar donde jamás volverán a ver la luz.

Los justos, en cambio, serán librados del poder del abismo (o infierno), y aunque les toque aquí sufrir, tienen como íntimo consuelo las esperanzas de una vida mejor.

El salmo 73 da un paso más, diciendo que la felicidad de los malos en esta vida es aparente y pasajera y serán castigados después de ella, mientras que los justos hallan sus delicias en estar junto al Señor, y serán premiados en la otra vida, pues Dios los recibirá «en su gloria».

III.—Enseñanza del libro de Job

La prueba dolorosa tiene como fin iluminar al hombre y purificarlo. Ella es querida por una Providencia llena de sabiduría tan elevada que el hombre no puede percibir el misterio y no puede más que adorarlo.

Dios se ocupa con misericordia de aquellos que parecen abandonados de todos. Un día vendrá en que a cada uno dará lo que le es debido según su justicia.

El autor del libro de Job señala aquí el aspecto misterioso e incomprensibble de la conducta divina para con los hombres. En la respuesta de Dios a Job se ve una invitación a todo hombre a una actitud de sumisión delante de los misterios que nos pasan. Sólo más tarde con el ejemplo de Cristo, los cristianos aprenderán el verdadero sentido del sufrimiento. Entonces comprenderán que el dolor es: como castigo y a la vez enmienda

de nuestros pecados, o como prueba a la cual somete Dios a las almas inocentes.

CAUSAS DEL DOLOR EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

El dolor en el A. T. se nos presenta ya como remedio expiatorio de los pecados, y cuando el pecado aparece como nacional o colectivo, entonces todo el pueblo sufre el castigo (Jue. 2, 11 s.); y cuando aparece individual se anuncia que los que pequen serán castigados (Ez. 3, 16-21; 18; 33, 1-20).

Los sufrimientos de los justos son también considerados como remedio para expiar los pecados y como rescate del pueblo culpable. Ellos sufren y por sus sufrimientos expían el pecado del pueblo culpable y hacen que la hora de su salvación se acerque (Is. 52, 15-53, 12; Is. 40, 2; 41, 8-20; 44, 1-5; Is. 66).

Los profetas aparecen en general como víctimas expiatorias por los pecados de su pueblo. *Moisés* sufrió mucho por las infidelidades de su pueblo (Ex. 32, 7-10; Número 11, 1-11); *Jeremías* sufrió también de sus conciudadanos, de los gobernantes y falsos profetas... Pide al Señor que le libre de tantos padecimientos y la única respuesta que recibe es que tiene que sufrir más (15, 15-21) y esto es lo que le dijo a San Pablo una vez que se convierte (Hech, 9, 16)... Lo mismo podemos decir de Ezequiel, de Amós y otros. Ellos eran inocentes y sufrían y no precisamente por

sus pecados, sino por los de su pueblo... Las oraciones y sacrificios cuando las dirigen al Señor en beneficio de su pueblo, aceleran la hora esperada de su misericordia. (s. 63, 7-64; 11; Ez. 22, 30-31. Sal. 78; 106; 106; Neh. 1, 4s; Esd. 9, 6).

Los humildes, los pobres y desgraciados vienen a ser los predilectos de Dios (Is. 57, 15). «Mis miradas —dice el Señor— se posan sobre los humildes y sobre los de corazón contrito» (Is. 66, 2).

Nuevo planteamiento del problema

¿Por qué, Señor, te alejas?... Así comienza el autor sagrado del salmo 9.° poniendo a la consideración de todos los tiempos de opresión y tiranía. Mientras Dios parece estar alejado sin manifestar su poder y como escondido en medio de tantas pruebas, como son el ver al pobre vejado y que el impío triunfa en su orgullo y que los pecadores desprecian a Dios y hacen gala de sus livianidades y niegan su divina providencia y hasta blasfeman diciendo que «no hay Dios», como si Él no interviniese en las cosas de este mundo... Cuando esto sucede y vemos que los impíos ponen acecho al inocente y le dan muerte; creyéndose seguros, como si fueran siempre prósperos sus caminos, ¿es cierto que Dios se ha olvidado, como ellos dicen, y que está demasiado lejos para molestarse por la humanidad?

Planteado así el problema por el salmista, y reconociendo, como ya había dicho antes, que «no estará en olvido siempre el pobre» y que «Dios lo ve todo», (pues en realidad «los ojos

de Dios están en todas partes, observando a los buenos y a los malos» (Pr. 14, 34), forzosamente hemos de deducir de este estado de cosas la necesidad del juicio divino como lo hace el Eclesistés al decir: «Otra cosa he visto debajo del sol que en el puesto de la justicia está la injusticia, y en lugar del derecho la iniquidad. Por eso me dije: Dios juzgará al justo y al impío» (Eclo. 4, 16-17).

Bossuet dice a este propósito: «¿Dónde estabas, Señor, cuando éramos afligidos y perseguidos? ¿Nos habeis abandonado? ¿Es esto posible, oh Dios que vivís? ¿Sois acaso como estos amigos infieles que abandonan en las desgracias y vuelven la espalda en la aflicción? Esta persecución es una prueba; este abandono es un bien; este desamparo es una gracia».

¡Levántate, Señor Dios, alza tu mano!... Al atrevimiento desvergozado de los impíos que los llevaba a pensar que Dios nada veía de sus muchos pecados, opone aquí el salmista su invocación confiada para que Él salga de su aparente indiferencia en defensa de los oprimidos parando los pasos a los malvados, pues Dios todo lo ve y es el único amparo del pobre y desvalido y tiene presente las tribulaciones y los dolores de los justos para «ponerlos en sus manos», esto es, Dios no sólo permite las tribulaciones de los justos, sino que en cierto modo las tiene en sus manos para bien de ellos, y así dice el Sabio: «Las almas de los justos están en las manos de Dios... Como el oro en el crisol los probó y le fueron aceptos

como sacrificio en holocausto, y a su tiempo se le dará la recompensa. Los justos brillarán... Pero los impíos serán castigados a medida de sus pensamientos: ellos que no hicieron caso de la justicia y apostataron del Señor» (Sab. 3).

«Tu lo ves» dice el salmista (9, 14). Ciertamente Dios lo ve todo y no permitirá ciegamente que se oprima a los pobres y a los justos y que tal opresión exceda la medida tasada por su Providencia.

EL CLAMOR DE LOS QUE SUFREN

Sabido es que el sufrimiento es inevitable en este mundo, el cual lleva el calificativo de un «valle de lágrimas», y que hay diversas clases de sufrimientos: sufrimientos físicos y morales, sufrimientos en la propia persona y sufrimientos causados por personas extrañas, o bien sufrimientos que provienen de ver a otros sufrir, vg. a hermanos perseguidos y martirizados bajo regímenes ateos...; mas estas persecusiones no son sólo las que vemos consignadas en las páginas de la historia y que tuvieron lugar en los primeros siglos de la Iglesia, sino las que estamos aún viendo y se repiten en nuestros días después de veinte siglos de cristianismo.

Admirable es el discurso de Juan Pablo II pronunciado en Lourdes (14-8-1983) donde levantó su voz ante las persecuciones por la fe. El «martirologio» de la Iglesia ha sido escrito siglo tras siglo. (Léase mi libro «Florilegio de mártires»).

Cuando vemos que aún siguen existiendo encarcelamientos, torturaciones y fusilamientos, cuando «se insta a los demandantes a que se callen, y las víctimas sean olvidadas y se abraza a los asesinos», viene a nuestra mente el recuerdo de las almas de aquellos que fueron degollados por la palabra de Dios y por el testimonio que guardaban.

Estos, según la expresión del Apocalipsis (6, 9-11) clamaban a grandes voces diciendo: «¿Hasta cuando, Señor, Santo y Veraz, no juzgarás y vengarás nuestra sangre en los que moran sobre la tierra?... y les fue dicho que estuvieran callados un poco de tiempo aún, hasta que se completaran sus consiervos y sus hermanos que también habían de ser muertos como ellos.

Los mártires piden al Señor, pero sin ánimo de venganza, cumplimiento de su justicia (Lc. 18, 7); mas ésta ha de llegar cuando venga la nueva época de mártires, que tendrá lugar en los últimos tiempos que se avecinan bajo el reinado del Anticristo, y así se completará el número de los inmolados, conocidos en la mente divina. La justicia de Dios llegará para unos y también su recompensa para otros... y esto nos debe animar a alegrarnos en medio de nuestras tribulaciones en el Señor que nos dice:

«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados». Las lágrimas de los obradores de la justicia y del bien son «lágrimas de oro», porque tendrán un día una incalculable recompensa y un premio de valor eterno.

«Bienaventurados los que padecen persecución

por la justicia (o sea, los que sufren por la defensa de lo que es justo y santo, por los intereses de Dios, de la religión y de sus ministros, por el triunfo de la virtud...), porque suyo es el reino de los cielos».

«Bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan y con mentira digan contra vosotros todo género de mal por Mí. Alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa, pues así persiguieron a los profetas que hubo antes de vosotros» (Mt. 5, 5, 10-12).

¿Hasta cuándo durarán los males en el mundo?

Duración de los males en el mundo

En el Nuevo Testamento se nos va aclarando, por qué permite Dios tantos males, y porque los habrá hasta el fin del mundo.

Hay hombres llenos de celo por la causa del bien y ante las injusticias que presencian, se impacientan y quisieran que los males fueran exterminados de raíz; mas Jesucristo nos da a este propósito una lección manifiesta en la parábola citada de la cizaña.

Cuando los criados del padre de familia vieron que entre el buen trigo había la cizaña, éstos dijeron: «Quieres que vayamos a arrancar la cizaña?

«No, les respondió Jesús, porque no suceda que, arrancando la cizaña, juntamente arranquéis con ella el trigo».

Este mismo celo airado notamos en los apóstoles Santiago y Juan cuando al ver que los samaritanos no daban acogida a Jesús, le dijeron: «¿Queréis que mandemos que llueva fuego del cielo y los abrase? (Lc. 9, 54). Mas Jesús les respondió: «No sabeis a qué espíritu perteneceis», pues el espíritu del Evangelio no es espíritu de rigor, sino de mansedumbre y de paciencia.

«Persigue al pecado, pero no al pecador, dice San Agustín, y si te airas, aírate contra el pecado, no contra el hombre».

Hay celo intempestivo que por la ira que le acompaña, más parece venganza y odio que celo por la gloria de Dios.

A ejemplo de Jesucristo no debemos precipitarnos en arrancar la cizaña.

«Tolera al pecador, no para amar el pecado, sino para que por amor al pecador se persiga al pecado. Más, ama al pecador, no en cuanto es pecador, sino en cuanto que es hombre... Al hombre lo hizo Dios; pecador se hace uno mismo. Perezca, pues, la obra del hombre y sálvese la de Dios» (San Agustín).

Jesucristo no quiere que se arranque la cizaña, con ese celo airado, por amor al trigo. Es decir, no es condescendencia con los malos, sino amor a los buenos. Es amor paciente a los pecadores.

«A vosotros os exhorto, los que sois cizaña; corregíos antes de que llegue el tiempo de la siega».

«Dios hace como que no ve los pecados de los hombres por esperarlos a penitencia».

Dios es paciente porque es eterno, porque es omnipotente:

Reprimir todo celo airado y vengativo

Si Jesucristo hubiera tenido como nosotros un celo airado y vengativo no hubiera tolerado al Buen Ladrón cuando blasfemaba, y éste no hubiera entrado en el cielo, y si no tolera a Saulo, perseguidor enconado de la Iglesia, no hubiera llegado a ser un San Pablo, apóstol de Jesucristo, y lo mismo digamos de San Agustín, hereje, pues si hubiese sido arrancado de esta vida antes de su conversión, no hubiera sido el santo obispo y doctor de la Iglesia.

¡Tengamos paciencia con el pecador, como Dios la ha tenido con nosotros!

Nadie como Dios aborrece el pecado, pero Él es el que ha dicho que «no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva», y Él es el que dijo también que había venido a este mundo «a salvar a los pecadores»... No va contra el enfermo, sino contra la enfermedad. Espera, y si no se convierten ahora, no por eso ha de triunfar su maldad, sino que sus crímenes recibirán justo castigo el día de la siega, esto es, al fin del mundo, ya que entonces al igual que la cizaña y la hierba mala se arrojan en gavillas al fuego, así los impíos serán apartados de los justos y recibirán su castigo eterno merecido.

Plan de la Providencia en la mezcla de buenos y malos

Dios permite que haya cizaña, o sea, herejías en el campo de su Iglesia. San Pablo ya nos lo dijo: «Es necesario que haya herejías» (1 Cor. 11, 19) y esto es una consecuencia de la malicia de los hombre y de inducción al mal por el demonio.

Las razones por las cuales conviene que haya herejías nos las da San Agustín:

1.ª «Porque los que pasan a la herejía son tal clase de hombres, que aunque perteneciesen a la Iglesia, andarían por su modo de ser, de error en error; y en cambio, una vez ya fuera de la Iglesia, nos pueden ser ocasión de grandísima utilidad, no enseñándonos la verdad que ignoran, sino excitándonos a los católicos carnales a inquirir la verdad, y a los católicos espirituales a darla a conocer».

2.ª «Porque en la Santa Iglesia de Dios hay innumerables insignes varones, gratos a Dios, que pasan desapercibidos ante nosotros, porque en tiempo de paz preferimos adormecernos blandamente en las tinieblas de nuestra incultura espiritual a inquirir la luz de la Verdad. Por lo cual, muchos, para ver y gozar del día de Dios, necesitan que los herejes les despierten y exciten».

Hemos, pues, de aprovecharnos de los herejes, «no asimilando errores, sino haciéndonos más cautos y vigilantes contra sus insidias, confirmándonos más en las enseñanzas católicas, aunque

con esto no logremos traer a los herejes al verdadero camino».

Las herejías, por tanto, diremos con San Agustín, son un beneficio de la divina Providencia, en cuanto que el error manifiesto y perseguidor del bien sirve para hacer despertar a los católicos aletargados y hacerlos más activos en la propaganda del bien y hacerlos católicos más prácticos y conocedores de sus deberes.

Dios permite, pues, que existan los malos en el mundo, y quiere también sacar bienes de ellos, pues «todo hombre malo, o vive para que se enmiende, o para que por su medio se ejerciten en las virtudes los buenos».

Es cierto que es algo incomprensible a nuestra naturaleza ver que sufren los buenos y precisamente por ser buenos.

El sufrimiento es la herencia de los buenos

Mas esta doctrina se ve aclarada por las palabras proféticas de Jesucristo, pues Él fue el que nos predijo que los buenos sufrirían y padecerían persecuciones:

«En verdad, en verdad os digo: No es el siervo mayor que su Señor, ni el enviado apóstol mayor que aquél que le envía» (Jn. 13, 16).

«Si me han perseguido a Mí, también os perseguirán a vosotros» (Jn. 13, 20).

«Mirad que yo os envío como ovejas en medio de lobos... os delatarán a los tribunales y os azotarán... y por mi causa seréis conducidos ante los

gobernantes y los reyes para dar testimonio de Mi ante ellos y a las naciones» (Mt. 10, 16).

«En el mundo tendréis grandes tribulaciones, pero tened confianza, Yo he vencido al mundo» (Jn. 16, 23).

«Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como cosa suya; pero como no sois del mundo, sino que os entresaqué Yo del mundo, por eso el mundo os aborrece» (Jn. 15, 18-19).

No os escandalicéis. Jesucristo también nos advierte: «Os he dicho estas cosas para que no os escandelicéis» (Jn. 16, 1). Esta mi doctrina no debe, pues, causar escándalo a ninguno.

Sufrirán los buenos por ser buenos, por ser seguidores de la Verdad, y sufrirán persecuciones de los que no son buenos y viven en medio de ellos, y es que el mal y el error tienen odio a Cristo que es el Bien y la Verdad. Las tinieblas, que son los pecadores, odian a los buenos, hijos de la luz.

San Pablo lo dice claramente: «Todos los que quieren vivir piadosamente, siguiendo a Jesucristo, padecerán persecuciones» (Tim. 3, 12).

Jesucristo, el inocente y santo, sufre

He aquí el misterio del sufrimiento. Si Jesucristo, el inocente y santo, el Bueno por excelencia sufre, lógicamente tienen que sufrir sus seguidores.

¿Por qué sufre Jesucristo?

En el profeta Isaías (52, 12 sigts. y 53) podemos leer una de las páginas, quizá la más emocio-

nante de toda la Biblia. El profeta ve en espíritu el «Siervo», o sea, a Jesucristo en su destino de sufrimiento. Le ve perseguido, pero aceptando estos sufrimientos, se pone en lugar de los hombres, ofrece este sacrificio a Dios y así obtiene el perdón de los pecadores.

El resultado de esta conducta heroica es el cumplimiento de los planes divinos: la salvación del mundo.

Jesús conformará su conducta a este retrato del «Siervo», hecho por el profeta.

Después de su resurrección los discípulos comprenderán que Él ha muerto conforme a las Escrituras (1 Cor. 15, 3), y en sus primeras predicaciones dirán que el profeta Isaías 800 años antes habló ya de la Pasión de Jesucristo, y lo mismo el rey David en los Salmos 22 y 69, los cuales vienen a ser una página evangélica escrita por un profeta.

Cristo «fue despreciado, el desecho de los hombres, varón de dolores... Él ha tomado sobre sí nuestras dolencias, ha cargado con nuestros dolores... Fue traspasado por nuestras culpas, quebrantado por nuestros pecados...» (Is. 53).

Por nosotros descendió del cielo y sufrió por salvarnos.

He aquí la misión de los sufrimientos de Cristo.

«*Cristo padeció por nosotros*; dándonos ejemplo para que sigamos sus pisadas» (1 Ped. 2, 21).

«Quien no carga con su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo» (Lc. 14, 27).

Cristo sufrió y murió... y triunfó del dolor y de la muerte, pues resucitó para nunca más mo-

rir... Nuestro camino es el de Cristo: Sufrir y morir juntamente con Él para triunfar resucitado y así gozar eternamente con Él.

«El misterio del dolor humano se esclarece contemplando el misterio del dolor divino» (Gar. Mar.)

¿Son dichosos los que sufren?

Así lo proclamó Jesucristo, y dijo que las persecuciones y sufrimientos de los buenos, o sea, de sus seguidores en esta vida, tienen el valor de una recompensa.

¡Qué extraño premio ofrece el Señor a sus fieles seguidores!

¿Quién no se admira al ver que éste fue el premio que le anunciaba a San Pablo (como ya advertimos) a raíz de su conversión? «Yo le mostraré, dice Jesucristo, cuanto habrá de padecer por mi nombre» (Hech. 9, 16).

«Bienaventurados serán los que padecen persecución por ser justos» (Mt. 5, 10).

Dios premia a sus seguidores en esta vida con sufrimientos y persecuciones, y una vez probados con tanta tribulación, les dará a cambio de este premio otro eterno donde ya no habrá jamás sufrimiento alguno.

«Dichosos seréis cuando los hombres por mi causa os maldijeren y os persiguieren y dijeron con mentira toda suerte de mal contra vosotros. Alegraos entonces y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos» (Mt. 5, 11-12).

«En verdad, en verdad os digo, que vosotros lloraréis, mientras el mundo se regocijará, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo» (Jn. 16, 20).

Las persecuciones son también una prueba de nuestra virtud y de nuestra recompensa eterna.

He aquí lo que nos dice la revelación divina: «Te prueba el Señor tu Dios, para saber si le amas con todo tu corazón y toda su alma (Dt. 13, 3).

«El horno prueba los vasos del alfarero, y a los hombres justos la tribulación (Eclo. 27, 6).

Sufre alegremente... y espera

«No os entristezcáis como los que no tienen esperanza» (1 Tes. 4, 13). «Muchos no esperan en el Señor. Su esperanza es mortal, transitoria y vana. Tú confía en el Señor y obra el bien. No te impacientes por la prosperidad de los que obran el mal. Ellos encuentran su felicidad en el camino, y su desgracia en la llegada... Tu resiste un poco, recibirás premio sin fin por tu paciencia» (San Agustín).

San Pablo nos dice: «Nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no sólo esto, sino que nos gloriamos hasta en las tribulaciones, sabedores de que la tribulación produce la paciencia, la paciencia, la virtud probada y la virtud probada la esperanza, y la esperanza no quedará confundida (Rom. 5, 2-5).

Grande virtud manifiesta aquel que vive alegre en medio del sufrimiento. A este fin nos dice el apóstol San Pedro:

«Habeis de alegraros en la medida en que participais en los padecimientos de Cristo, para que en la revelación de su gloria exulteis de gozo. Bienaventurados vosotros si por el nombre de Cristo sois ultrajados, porque el Espíritu de la gloria, que es el Espíritu de Dios, reposa en vosotros (1 Ped. 4, 1s-14).

«Por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de los cielos» (Hech. 14, 21).

¿Debemos desear el sufrimiento?

Por movimiento espontáneo de la naturaleza todos rehusamos el dolor, nadie lo quiere, antes bien, todos anhelamos el bienestar, la salud, la comodidad; mas sabido es que en la presente vida, una vez caidos del estado de justicia original, la ley del sufrimiento es una ley general sin excepción de tiempo, de lugar y de personas, y por eso el mundo ha merecido el calificativo de un «valle de lágrimas».

«El hombre nace para trabajar *y padecer*, como el ave para volar» (Job 5, 7).

Si esto es así, *¿es posible que haya quien anhele el sufrimiento?* A esta pregunta contestaremos afirmativamente, porque Cristo santificó el dolor, pues vino a salvarnos padeciendo y muriendo por nosotros. Por eso San Pablo sentía satisfafcción en sus enfermedades, en sus ultrajes y persecuciones en que se veía, por amor a Cristo (2 Cor. 12, 10), y por eso también San Pedro nos inculca el amor al sufrimiento diciendo que nos «alegremos de ser participantes de la

Pasión de Cristo, para que cuando se descubra la gloria, nos gocemos a su vez con Él llenos de júbilo» (1 Ped. 4, 13).

Padeciendo con Cristo, seremos con él glorificados (Rom. 8, 17) y así el fruto de nuestras cruces y aflicciones será una gloria sublime e incomparable (2 Cor. 4, 17).

Debemos seguir el camino de Cristo que dijo: «¿Por ventura no era menester que el Cristo padeciese todas estas cosas y entrase así en su gloria?» (Lc. 24).

Per crucem ad gloriam. — La pregunta hecha: ¿Debemos desear el sufirmiento?, aunque parezca extraña, halla una respuesta consoladora ante la consideración de la breve duración de los sufrimientos temporales y de la duración eterna de la vida futura, pues siempre será consolador este pensamiento que se nos revela en los Libros Santos de que todo lo que se puede sufrir aquí en el tiempo, es muy poca cosa en comparación de la alegría que nos espera.

«*Los padecimientos del tiempo presente,* dice el apóstol, *no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros*» (Rom. 8 18).

Todo hombre pasará en esta vida por las pruebas del sufrimiento; mas lo importante está en saberlas sobrellevar, ya que en sí son insignificantes y de corta duración con relación a la gloria eterna que se nos promete.

El padecer se nos presenta ciertamente como algo digno de ser apetecido por el cristiano y más atendiendo a la esperanza de la recompensa eter-

na, «porque las aflicciones tan breves y ligeras de la vida presente, según la expresión de San Pablo, nos producen el eterno peso de una sublime e incomparable gloria», y así no ponemos nosotros las miras en las cosas visibles, sino en las invisibles. Pues las cosas que se ven, como las tribulaciones, son temporales y transitorias; mas las que no se ven son perdurables y eternas, y por tanto «las coronas que nos esperan también son eternas» (S. Crisóst.).

Vendrán persecuciones, pero «no tengáis miedo de los que matan los cuerpos, nos dice Jesucristo, pues esto hecho, no pueden hacer más. Temed al que después de quitar la vida, pueda arrojar al infierno» (Lc. 12, 4-5).

«Quien perdiere su vida por amor a mi, la salvará» (Lc. 9, 24).

«Bienaventurado aquel que padece la tentación o tribulación con paciencia, porque después que fuese probado recibirá la corona de la vida, que Dios ha prometido a los que le aman» (Sant. 1, 12).

La recompensa del justo perseguido será eterna:

«Aunque a los ojos de los hombres fueran atormentados, su esperanza está llena de inmortalidad. Después de un ligero castigo serán colmados de bendiciones, porque Dios los probó y los halló dignos de sí. Los probó como oro en el crisol y los aceptó como sacrificio de holocausto. Al tiempo de su recompensa brillarán... Juzgarán a las naciones y dominarán sobre los pueblos, y su Señor reinará por los siglos (Sab. 3, 4-8).

Entonces estará el justo en gran seguridad en

presencia de quienes le persiguieron y menospreciaron sus trabajos (Sab. 5, 1).

¿Cómo debemos sufrir?

La filosofía de Cristo (que no es otra que la filosofía de la cruz), es de difícil comprensión humana.

Nuestra naturaleza busca la comodidad, el honor, el placer, las riquezas..., y por esto ofrece un contra-sentido la doctrina de Cristo: *Bienaventurados los pobres, los que lloran, los que sufren... ¡Ay de los ricos, de los hartos, de los que ríen...!*

Los prudentes del mundo no entienden esta doctrina, que es locura para los gentiles y escándalo para los judíos; pero los santos la practican:

San Pablo: «Lejos de mi gloriarme en otra cosa que no sea la cruz de Jesucristo».

San Juan de la Cruz: «Padecer y ser despreciado por Ti».

Santa Teresa de Jesús: «Padecer o morir».

Santa María Magdalena de Pazzis: «Padecer, no morir».

Lo esencial es «saber sufrir» y no perder el mérito y la recompensa del sufrimiento que es muy grande, pues «si padecemos juntamente con Cristo, con Él seremos glorificados» eternamente (Rom. 8, 17).

¡No todos comprenden el valor del sufrimiento! El sufrimiento es la medida del amor, como dice Santa Teresa: «Tengo para mí que el poder llevar gran cruz o pequeña, es la medida del

amor; quien más amare verá que puede sufrir más por el amado».

El sufrimiento debe ser aceptado con resignación a imitación de Cristo. El sufrimiento nos hace reflexionar y nos enseña muchas cosas, y por él debemos ser salvadores y apóstoles a semejanza de Jesucristo.

«Con el dolor, decía Santa Teresita del Niño Jesús, se convierten más almas que con los más brillantes sermones». Cuando estaba para morir Su Santidad Juan XXIII dijo esta frase: «Sufro mucho, pero sufro con amor». He aquí cómo debemos sufrir. En esto está el mérito del sufrimiento. No se debe sufrir con «la rebeldía en el corazón» como sufren los que no creen ni esperan en el cielo, ni se debe sufrir de una manera estoica, como el que dice: ¿Qué vamos a hacer? ¡Hay que sufrir con paciencia! Es nuestro destino».

> El verdadero cristiano debe sufrir
> *no solamente con paciencia sino*
> *con amor y por amor.*
> «Señor, yo lloro, sufro, estoy aquí
> inerte e inmovilizado; pero te amo
> y sufro por amor, por Ti!»

Como dice Pablo VI: «Yo puedo dar una limosna para quitarme de encima a un inoportuno que me persigue, y la puedo hacer por un gesto de humanidad y cortesía... y también la puedo hacer por amor a Cristo, por una visión superior que ennoblece y vivifica este acto». Cuando se

hace por amor a Cristo, y se da al pobre como si se le diera a Cristo, ahí está el valor de la limosna. Así cuando se sufre debemos hacer intención de sufrir por Cristo y unir nuestros dolores a los de Cristo para ser portadores de méritos redentores. Podemos sufrir para dar buen ejemplo, para mortificarnos, para asemejarnos a Cristo, pero hay mayor mérito en ser apóstoles con el sufrimiento, y así decir: «Sufro por los pobres pecadores, por las misiones, por la Iglesia...»

El dolor tiene valor de redención, únelo al de Cristo, acéptalo sin rebelarte contra Dios. Recuerda el dicho de Job al perder sus bienes y su salud: *«Dios me lo dio, Dios me lo quitó, sea su nombre bendito»*.

Palabras de Juan Pablo II a los enfermos

Queridos hermanos y hermanas que sufrís, que os sentís en desventaja física, *ayudad con la oración y con el sacrificio de vuestros sufrimientos*, de vuestra suerte dura, a los que están enfermos del alma. A veces ni lo saben, no se dan cuenta de lo enferma que está su alma inmortal. Han adormecido su conciencia y endurecido su corazón.

¡Ayudadlos a despertarse! ¡Ayudadlos a que les llegue la voz de Dios viviente, la voz que habla en la cuaresma con el sacrificio de la cruz de Cristo! (Marzo 1981). *¡Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor; no endurezcáis el corazón!* (Sal. 95, 8).

Queridos enfermos..., os amo de verdad: no sólo por la caridad que todos nos debemos mu-

tuamente, sino también por el título particular que os hace participar más que los demás en el misterio de la cruz y de la redención; os amo porque el dolor os confiere una dignidad que merece preferencia de afecto; os amo porque veo en vosotros los tesoros de la Iglesia, la cual se enriquece continuamente con el don de vuestros sufrimientos; os amo porque peregrináis hacia el cielo, siguiendo un sendero duro y áspero y pasáis a través de la puerta estrecha; os amo porque os pertenece la bienaventuranza reservada por Cristo a los que sufren. ¡Bendito seáis!

A todos vosotros, probados por el sufrimiento, y que ahora me escucháis, ¿acaso hay necesidad de recordar que vuestro dolor os une cada vez más al Cordero de Dios, el cual, mediante su pasión ha *quitado el pecado del mundo*? (Jn. 1, 29). ¿Y que, por tanto, vosotros, asociados a Él en la pasión, podéis ser corredentores de la humanidad?... (Abril 1981).

El ejemplo de una niña

Hace medio siglo, en 1935, moría *Bertina Baumann,* una niña de 13 años escasos. Su madre, a su lado, exclamaba a veces «¡pobre niña!». Y la pequeña protestaba: «No es verdad, mamá. Soy rica estando así porque puedo ofrecer mucho más a Dios. Puedo estar más tiempo pensando en Él».

Aprendió a unir sus sufrimientos a los de Cristo. Misión sublime: por los misioneros, por los infieles...

En el Hospital el día de las primeras comuniones el capellán decía: «Estoy convencido: muchas almas alejadas de Dios encontrarán por las oraciones y sufrimientos de estas inocentes criaturas, el camino para ir a Él. Con sus dolores atraen gracias para la Iglesia en mayor número que muchos sanos con sus trabajos...».

Pensamientos sobre el dolor

—Padecer y callar; éste es el camino más corto para ser santos y perfectos (S. Pablo de la Cruz.)

—El mérito consiste e igualmente la perfección en llevar la cruz que quiere Dios y no la queremos nosotros (Id.).

«Amar, sufrir y siempre sonreír» (Santa Teresita).

—La cruz es el bastón de nuestra peregrinación (Santa Catalina de Sena).

El dolor es una caricia, un regalo de Dios. Es con frecuencia una señal de que Dios nos ama. Hay que ofrecerlo a Dios.

Cuando Dios envía a un alma sin culpa suya grandes sufrimientos es señal clara de que pretende elevarla a gran santidad (S. Ignacio de Loyola).

San Juan de la Cruz se preguntaba a veces: «¿Qué sabe el que no sabe sufrir?».

¡Sufrir y no hacer sufrir, he aquí el gran lema de la santidad!

«A los que Dios mucho quiere, lleva por camino de trabajos, y mientras más los ama, mayores»... «El premio de los trabajos es el amor de

Dios; por tan precioso precio ¿quién no los amará?» (Santa Teresa).

«Las calamidades que nos oprimen, nos fuerzan a ir a Dios» (S. Gregorio Magno).

El horno prueba los vasos del alfarero, y a los hombres justos la tribulación (Eclo. 27, 6).

«Las tribulaciones no son castigos para condenarnos, si no medicina para salvarnos» (S. Agustín).

«Las adversidades y tribulaciones de la vida son gracias las más singulares y las más deseables; Dios las reserva para sus amigos más queridos» (S. José de Cupertino).

Por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de los cielos (Hech. 14, 21).

Cuando está uno libre del pecado, si Dios nos aflige con tribulaciones es para probar nuestra constancia y mantenernos en el camino del bien y con esto salvarnos. Las tribulaciones Dios las envía a los pecadores para purificarlos del pecado y a los buenos para fortalecerlos (S. J. Crisóstomo).

La mortificación más agradable a Dios consiste aceptar la cruz de cada día, es decir, las pruebas que Él nos envía sin nosotros buscarlas: enfermedades, fracasos, desprecios, incomprensiones, reveses de fortuna, de ánimo, de fatiga, etc.

Resumen de las soluciones dadas en el N. T.

La raíz de los males de este mundo parte del primer pecado de nuestro primer padre Adán, pues por aquel pecado original el mundo quedó

convertido en un valle de lágrimas. Nuestros pecados actuales también aumentan nuestros males.

La vida es ahora, como se ha dicho, «un *Vía-Crucis* que conduce al cielo», y de hecho «por muchas tribulaciones hemos de entrar en él» (Hech. 14, 21).

Dios Nuestro Señor no nos manda el dolor por el gusto de vernos sufrir. Es cierto que Él al venir a este mundo sufrió mucho, como lo demuestra su ignominiosa Pasión, y por eso es evidente que algo grande pretende Él con el sufrimiento.

La finalidad asignada al problema del dolor o soluciones que se dan a este problema son varias:

1.ª solución: La llamada de compensación

Los justos que sufren en esta vida, recibirán en la otra una felicidad eterna libre de toda clase de sufrimientos.

Junto al rico Epulón que vestía púrpura y lino y celebraba cada día espléndidos banquetes, vivía un pobre llamado Lázaro, cubierto de úlceras y que apenas recibía otra cosa que las migajas que caían de la mesa del rico.

Murió el rico y se condenó (y no precisamente por ser rico, sino por usar mal de sus riquezas). Desde el infierno clamaba a Lázaro, a quien vio en el seno de Abraham; mas Abraham le dijo: «*Hijo, acuérdate de que recibistes ya tus bienes en vida y Lázaro recibió males y ahora él es aquí consolado y tú eres atormentado*».

¡Cuántos malos parecen ahora gozar y triunfar en esta vida perseverando en su maldad! Un día

tendrán que recordar la sentencia de Jesucristo:

«¡Ay de vosotros los ricos, porque habéis recibido vuestro consuelo!

«¡Ay de vosotros, los que ahora estáis hartos, porque gemireis y llorareis! (Lc. 6, 20-25).

En cambio los justos, después de un ligero castigo —después de las tribulaciones y sufrimientos de esta vida—, serán colmados de bendiciones, porque Dios los probó y los halló dignos de sí (Sab. 3, 4),y sus padecimientos en esta vida, según la expresión de San Pablo, no son nada en comparación de la gloria que recibirán (Rom. 8, 18).

Los que sufren ahora, serán compensados en la otra vida con una felicidad eterna.

2.ª solución: El dolor es expiación de nuestros pecados:

Esta es otra finalidad asignada a nuestros sufrimientos, la de ser expiación de nuestros pecados.

Cristo sufrió y expió por nuestros pecados; pero ahora quiere asociarnos a su dolor, porque los que Dios vio conformes a Él en el dolor, a estos los predestinó para ser glorificados juntamente con Él en el cielo.

San Pablo que desea que todo lo hagamos en nombre de Jesucristo, quiere también que suframos por Él y con Él, incorporado nuestro dolor al suyo para que así reciba la eficacia cristiana de perdón y de expiación de nuestras culpas y de salvación para todos. Por eso él decía que «com-

pletaba en su carne lo que faltaba a los tormentos de la Pasión de Cristo, para bien de su cuerpo, que es la Iglesia».

La Pasión de Cristo es completa e infinita en su poder expiatorio y satisfactorio, y en este sentido nadie podrá añadir nada a este poder, es decir, completos estaban los padecimientos de Cristo, faltaban en nosotros que formamos su cuerpo místico, que huimos del sacrificio. A compensar esta deficiencia viene el exceso de sacrificio de algunas almas víctimas que ofrecen diariamente a Dios sus mortificaciones y sufrimientos.

Ahora por la unión de nuestros sufrimientos con Cristo, sus dolores y sufrimientos se transmiten a nosotros, y así Cristo que sufrió en sí mismo como cabeza del cuerpo místico, continua sufriendo en nosotros, o sea, en los miembros de su cuerpo, la Iglesia, y es que Cristo y nosotros formamos un solo cuerpo. Así nuestros dolores tienen valor expiatorio juntamente con los de Cristo.

Cuando nosotros sufrimos tenemos que decir con el Buen ladrón: «Nosotros justamente padecemos por nuestros pecados»...

3.ª solución: Para los justos el sufrimiento es prueba y señal de amor

Dios prueba a las almas justas con el dolor:

«Porque eras grato a los ojos de Dios, fue necesario que la tentación te probase» (Tob. 12).

«El Señor castiga al que ama, azota a todo el que recibe por hijo» (Heb. 12, 6).

«Cuando Dios envía a un alma, sin culpa suya, grandes sufrimientos, señal clara es que pretende elevarla a gran santidad» (S. Ign. de Loyola).

El dolor desprende nuestro corazón de las cosas terrenas y caducas y lo aproxima a Dios, haciéndonos ver que «no tenemos aquí una ciudad permanente», y así dice San Gregorio Magno: «Las calamidades que nos oprimen, nos fuerzan a ir hacia Dios».

Los sufrimientos de esta vida son a veces un remedio eficaz para hacernos reflexionar y volvernos a Dios, de quien estábamos alejados.

«Miremos al pueblo judío, tan querido por Dios. ¿Cuándo olvidaba a Dios? Cuando estaba en la prosperidad, colmado de mil favores... ¿Cuándo se volvía a Dios? Cuando la mano del Señor pesaba sobre él con duros castigos; cuando lleno de misericordioso enojo, le entregaba a alguno de los castigos y aflicciones, que se levantaban en el tempestuoso mar del mundo. Remedio amargo, sí, pero eficaz. Entonces era de ver cómo aquel pueblo humillado iba a las puertas del Templo a llorar sus infidelidades, a renovar la alianza con su Dios...

La historia del pueblo judío es la nuestra. ¡Qué ingratos somos en tiempos de prosperidad! ¡Cómo nos olvidamos de Dios! Por eso hemos de agradecer las cruces y las tribulaciones y penas que a veces nos sobrevienen para despertarnos haciéndonos ver la falsedad e instabilidad de las cosas humanas: riquezas, placeres y honores a que tan desordenadamente nos inclinamos.

Para los justos el dolor es también *gran medio*

de apostolado. ¡Qué bella resulta esta oración!: «sufro bastante, pero uno mis dolores a los tuyos, y los ofrezco juntamente a Dios Padre por mis pecados y por la conversión de los pecadores».

4.ª solución: La de dar ocasión a Dios de manifestar su poder al librarnos del sufrimiento, como en las curaciones milagrosas (véase Jn. 9).

Santifiquemos el dolor

El sufrimiento, como ley universal que se extiende a todos, es inevitable en este mundo. Lo esencial es comprender su valor y santificarlo.

En el Calvario tenemos la escuela del sufrimiento. Allí hay tres crucificados:

1) *Cristo inocente*, a quien nadie pudo argüir de pecado, sufre para expiar los pecados de los demás. Su cruz es la fuente de todo mérito del sufrimiento...

2) *Un predestinado*, el buen ladrón, modelo del buen uso del sufrimiento, el cual reconociéndose culpable, dice: «Nosotros justamente padecemos por nuestros pecados»...

3) *Un condenado*, el mal ladrón, modelo del mal uso del sufrimiento... El blasfema, muere en la cruz y desciende al infierno...

El mundo es un inmenso calvario, todos descenderán un día de la cruz de sus sufrimientos, los unos para subir al cielo, los otros para descender al infierno. ¿A cuál de los crucificados imitamos?

Menester es que sepamos estimar y santificar

y así sobrellevar nuestras cruces personales y nuestras penas de cada día.

Iluminado por la fe no veamos en nuestros sufrimientos solamente efectos de causas naturales, sino la mano de Dios que lo dispone y ordena o permite para nuestro bien, y así a nuestros sufrimientos asignaremos una de las causas dichas, o sea, la de ser castigo, expiación y enmienda de nuestras faltas; salvación para todos; prueba para las almas justas...

El Papa Pablo VI ha dicho:

«El dolor se hace sagrado. Antes (y todavía, para quien se olvida que es cristiano) el sufrimiento parecía pura desgracia, pura inferioridad, más digna de desprecio y repugnancia que merecedora de comprensión, de compasión, de amor».

«Quien ha dado al dolor del hombre su carácter sobrehumano, objeto de respeto, de cuidados y de culto, es Cristo doliente, el gran hermano de todos los pobres, de todos los afligidos. Hay más, Cristo no demuestra solamente la dignidad del dolor; Cristo lanza un llamamiento al dolor... Esta voz es la más misteriosa y la más benéfica que ha atravesado la escena de la vida humana. Cristo invita al dolor a salir de su desesperada inutilidad, a ser unido al suyo, fuente positiva de bien, fuente no sólo de las más sublimes virtudes —desde la paciencia hasta el heroismo y la sabiduría—, sino también de capacidad expiatoria, redentora, beatificante, propia de la cruz de Cristo».

«El poder salvífico de la Pasión de Cristo puede hacerse universal e inminente en nuestros sufrimientos, si —he ahí la condición— se acepta y soporta en comunión con sus sufrimientos. La «com-pasión», de pasiva se hace activa; idealiza y santifica el dolor humano, lo complementa con el del Redentor» (Cf. Col. 1, 24).

«Todos debemos recordar esta inefable posibilidad. Nuestros sufrimientos (siempre dignos de cuidados y remedios), se hacen buenos, precisos. En el cristiano se inicia un arte extraño y estupendo, de saber sufrir, hacer que el propio dolor sirva para la redención propia y ajena».

PERSECUCION DE LOS BUENOS Y SU TRIUNFO

La Iglesia seguirá la suerte de su divino Fundador

Estaba profetizado que Cristo sería «blanco de contradicción» (Lc. 2, 34), y así se cumplió en su vida pública. Unos decían: «Es hombre de bien», otros: «No, sino que trae embaucado al pueblo» (Jn. 7, 12)... Y la historia continúa hoy. Unos se verán obligados a decir como Pilato: «Yo no hallo causa de culpabilidad en Él»; otros, por el contrario, acentuarán el tono de persecución: «Crucifícale, crucifícale»...

La Iglesia, congregación de los fieles cristianos, como cuerpo místico de Cristo, seguirá la misma suerte que su divino fundador.

Él dijo a sus apóstoles y seguidores: «Vendréis

a ser odiados de todos a causa de mi nombre» (Mt. 10, 22).

Los Herodes, Anás y Caifás y tantos otros de todos los tiempos continuarán esta trayectoria de persecusión. Hoy será el comunismo ateo, sus dirigentes, los que en esta o aquella región, como hombres que se apoyan en el error y la mentira, serán los que no cesarán de levantar columnias e infamias contra la Iglesia de Cristo y harán sufrir a sus miembros, ya encarcelando, ya dándoles muerte...; pero esto no debe escandalizarnos porque *«El discípulo no va a ser más que el maestro»* (Mt. 10, 24-25).

«Si el mundo os aborrece, sabed que primero que a vosotros me aborreció a Mí», dice Jesucristo (Jn. 15, 18).

«Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como a cosa suya; pero como no sois del mundo, el mundo os aborrece» (Jn. 15, 19).

«Seréis bienaventurados si os persiguen por ser buenos, porque de vosotros será el reino de los cielos» (Mt. 5, 10).

¿Quién no ve que «siempre han perseguido los malos a los buenos»? (S. Ag.).

«La persecución ha sido siempre la suerte de los cristianos» (Orígenes), y por eso no deben extrañarnos las persecuciones y las guerras suscitadas contra los que practican la religión de Cristo.

«Hasta el fin del mundo habrá quienes nos injurien» (S. Agustín).

El filósofo Tertuliano dijo: «Se nos somete a tortura cuando proclamamos nuestra fe; se nos

condena a muerte si perseveramos, y se nos absuelve inmediatamente si renunciamos al título de cristianos... En toda desgracia pública, en todo malestar se dice que los cristianos tienen la culpa...».

Dios permite las persecuciones por altos fines. «La persecución de los gentiles y herejes es el bieldo en manos del Señor». (S. Crisót.). Los buenos sufrirán persecución... y si entre ellos hay escoria saldrán más purificados.

Triunfo de la Iglesia a través de las persecuciones

Es cierto que la Iglesia tiene como herencia, la de su Fundador, o sea, la persecución; pero también tiene su triunfo, el temporal y eterno...

Los golpes de los martillos, que son los herejes, se van haciendo añicos al dar contra la Iglesia, que es el yunque contra el que se dirigen; pero ésta permanece en pie...

La Iglesia sigue viviendo en España, Francia, Estados Unidos, Rusia...; pero de diversa manera. En unas naciones, abiertamente; en otras está representada por unos millares de católicos perseguidos y ocultos, que no pueden exteriorizar su fe y están cada día con el temor de ser encarcelados y expuestos a la muerte; pero no serán exterminados jamás de la tierra, porque lo ha dicho el divino fundador de la Iglesia y su palabra es inmutable; «Las puertas del infierno, —o sea, el error, la herejía, la persecución—, no prevalecerán contra ella...».

La Iglesia de Cristo irá peregrinando entre persecuciones

En los tres primeros siglos de la Iglesia hubo contra los cristianos diez persecuciones generales en toda la extensión del imperio romano, que venía a ser entonces todo el mundo conocido. A principios del siglo IV los emperadores Diocleciano y Maximiliano se vanagloriaban de haber exterminado la raza de los cristianos y aniquilado la religión. Por amor a Cristo varios millones de personas (algunos historiadores hacen elevar el número a once millones) de todos los estados y edades: niños, jóvenes, ancianos, ricos y pobres, hombres y mujeres soportaron pacientemente cárceles y penas de muerte, impuestas en odio a la religión cristiana.

Estas persecuciones se han renovado de una u otra manera hasta el siglo actual, y ¿qué ha sucedido? Que la Iglesia de Cristo continúa viviendo y los que han sucumbido son sus perseguidores. Esto demuestra que la Iglesia no es obra de los hombres, sino obra de Dios.

«Hasta el fin del mundo, entre las persecuciones de la tierra y entre los consuelos de Dios irá peregrinando la Iglesia, y como nos dice el Concilio con palabras de San Agustín: La Iglesia no será vencida, ni destruida, ni sucumbirá a ninguna tentación, mientras duren los siglos; y después de esa vida temporal nos recibirán aquellas moradas eternas hacia las cuales nos conduce el que es nuestra esperanza... La Iglesia católica, difundida ampliamente por todo el orbe, frus-

trando los ataques de los adversarios en los tiempos antiguos, se ha fortalecido más y más, no resistiendo, sino sufriendo» (S. Agustín).

El triunfo es de Cristo y de su Iglesia

No hemos de temer jamás los ataques de nuestros adversarios, porque «sólo la Iglesia, columna de la verdad, permanece firme y entera en medio del general naufragio. Quizás esté próximo el día en que el mismo exceso del mal vuelva a traer a los hombres a su seno» (Menéndez Pelayo).

La fuerza del cristianismo es grande, y, aunque parezca una paradoja, esta fuerza está en su debilidad, porque lo débil del mundo lo eligió Dios para confundir a los fuertes» (1 Cor. 1, 27).

Tengamos presente que el triunfo es de Cristo y con Él triunfaremos, porque Él nos lo ha prometido al decirnos: *«Yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo».*

La Iglesia que comenzó en tiempo de Abel, como dice Santo Tomás, durará hasta la consumación de los siglos, y después de la consumación de los siglos perdurará en el cielo para toda la eternidad.

Mensaje del Concilio a los que sufren

—Para todos vosotros, hermanos que sufrís, visitados por el dolor en sus mil modos, el Concilio tiene un mensaje muy especial.

—Siente fijos sobre él vuestros ojos imploran-

tes, brillantes por la fiebre o abatidos por la fatiga, miradas interrogadoras que buscan en vano el porqué del sufrimiento humano y que preguntan ansiosamente cuando y de dónde vendrá el consuelo.

—Hermanos muy queridos, sentimos profundamente resonar en nuestros corazones de padres y pastores vuestros gemidos y lamentos. Y nuestra pena aumenta al pensar que no está en nuestro poder el concederos la salud corporal, ni tampoco la disminución de vuestros dolores físicos, que médicos, enfermeros y todos los que se consagran a los enfermos se esfuerzan en aliviar lo más posible.

—Pero tenemos una cosa más profunda y más preciosa que ofreceros, la única verdad capaz de responder al misterio del sufrimiento y de daros un alivio sin engaño: la fe y la unión al Varón de dolores, a Cristo, Hijo de Dios, crucificado por nuestros pecados y nuestra salvación.

—Cristo no suprimió el sufrimiento y tampoco ha querido desvelar enteramente su misterio: Él lo tomó sobre sí y eso es bastante para que nosotros comprendamos todo su valor.

—¡Oh vosotros que sentís más pesadamente el peso de la cruz! Vosotros que sois pobres y desamparados, los que lloráis, los que estáis perseguidos por la justicia, vosotros sobre los que se calla, vosotros los desconocidos del dolor, tener ánimo; sois los preferidos del reino de Dios, el reino de la esperanza, de la bondad y de la vida; sois los hermanos de Cristo paciente, y con Él, si queréis, salvais el mundo.

—He aquí la ciencia cristiana del dolor, la única que da la paz. Sabed que no estáis solos, ni separados, ni abandonados, ni inútiles; sois los llamados por Cristo, su vida y transparente imagen. En su nombre, el Concilio os saluda con amor, os da las gracias, os asegura la amistad y la asistencia de la Iglesia y os bendice.

L. D. et B. V. M.

OTROS LIBROS DEL MISMO AUTOR

- **La Biblia mas Bella.** En 13x17 con 80 páginas.
- **Catecismo de la Biblia.** En 10x15 con 42 páginas.
- **Historia Sagrada.** En 15x21 con 96 pág. muy ilustradas.
- **Evangelios y Hechos Apostólicos.** En 15x21 con 112 páginas
- **Jesús de Nazaret.** Con 120 pág. y muchas ilustr.
- **Catecismo Ilustrado.** En 18x25, con 160 páginas.
- **El Catecismo más Bello.** En 13x17 con 80 páginas.
- **El Matrimonio.** En 10x15 con 40 páginas.
- **Bautismo y Confirmación.** En 15x21 con 40 pág.
- **¿Existe Dios?** En 10x15 con 40 páginas.
- **¿Existe el Infierno?** En 10x15 con 40 pág.
- **¿Existe el Cielo?** En 10x15 con 40 pág.
- **¿Quién es Jesucristo?** En 10x15 con 56 pág.
- **¿Quién es el Espíritu Santo?.** En 10x15 con 40 p.
- **¿Por qué no te confiesas?** En 10x15 con 36 pág.
- **¿Por qué no vivir siempre alegres?** En 10x15 con 160 páginas.
- **¿Seré sacerdote?** En 10x15 con 48 páginas.
- **¿Qué sabemos de Dios?** Explicación de quién es Dios.
- **¿Dónde está la felicidad?** y cómo conseguirla.
- **Para ser santo.** En 10x15 con 40 páginas.
- **Para ser sabio.** En 10x15 con 40 páginas.
- **Para ser feliz.** En 10x15 con 32 páginas.

- **Para ser apóstol.** En 10x15 con 48 páginas.
- **Para ser católico práctico.** En 10x15 con 40 pág.
- **La Buena Noticia.** En 10x15 con 48 pág.
- **La Caridad cristiana.** En 12x17 con 64 pág.
- **La Bondad de Dios.** En 10x15 con 56 pág.
- **La Santa Misa.** En 12x17 con 80 pág.
- **La Virgen María a la luz de la Biblia.** de 32 pág.
- **La Penitencia ¿qué valor tiene?** 40 pag.
- **La Formación del Corazón.** En 10x15 con 48 pág.
- **La Formación del Carácter.** En 10x15 con 56 pág.
- **La Matanza de los Inocentes.** El aborto.
- **La Religión verdadera,** y las sectas, con 52 pág.
- **Los Diez Mandamientos.** Con 64 pág.
- **Los Grandes Interrogantes de la Religión,** 128 p.
- **Los Santos Padres y Doctores de la Iglesia,** 98 p.
- **Los Testigos de Jehová.** Su doctrina y sus errores.
- **Los Males del mundo y sus remedios.**
- **Los últimos tiempos.** ¿Estamos ya en ellos?
- **El más allá.** La existencia de la otra vida.
- **El Diablo anda suelto.** Su existencia en el mundo.
- **La Oración.** En ella está la clave del éxito.
- **El valor de la fe.** Ella todo lo puede.
- **El Padrenuestro** es la mejor oración.
- **El Pueblo pide sacerdotes santos,** no vulgares.
- **El Dios desconocido.** Tratado de sus perfecciones.
- **El Camino de la Juventud,** y sus peligros.
- **El Niño y su educación,** cómo hay que educarlos.
- **El Mundo y sus peligros,** cómo defenderse.

- **El Corazón de Jesús quiere reinar por amor.**
- **Diccionario de Espiritualidad,** con 336 páginas.
- **Historia de la Iglesia.** Los hechos más importantes.
- **Vida de San José,** muy devota e ilustrada.
- **Pedro primer papa.** Elegido por el mismo Cristo.
- **Florilegio de Mártires.** (España 1039-1939).
- **Somos Peregrinos,** que caminamos al Cielo.
- **Vamos de Camino.** La brevedad de esta vida.
- **Tu Camino.** ¿Has pensado que vida vas a elegir?
- **Misiones Populares.** Lo que te diría un misionero.
- **De Pecadores a Santos.** Eficacia de la conversión.
- **Pecador. Dios te espera.** Conviértete.
- **Joven, Levántate.** Aprende a combatir las pasiones
- **Tu Conversión.** No la difieras un día más.
- **Siembra el Bien,** y conseguiras la felicidad.
- **No Pierdas la Juventud.** Consejos a los jóvenes.
- **El Problema del Dolor,** y su valor ante Dios.
- **Siguiendo la Misa.** Modo práctico de oirla bien.
- **Visitas al Santísimo Sacramento,** para cada día.
- **El valor de la Limosna,** lo sabremos en el cielo.
- **La Acción de Gracias después de la Comunión.**
- **Las Almas Santas,** como deben comportarse.
- **Errores Modernos:** el socialismo, la democracia.
- **Marxismo o Cristianismo,** son incompatibles.
- **Doctrina Protestante y Católica.** Sus diferencias.
- **Vive en Gracia.** No seas un cadaver ambulante.
- **Sepamos Perdonar,** para que Dios nos perdone.
- **Dios y el Hombre.** ¿Para qué creó Dios al Hombre?

- **La Esperanza en la otra vida.** ¿En qué se fundamenta?
- **La Sagrada Eucarístia.** El mayor de los tesoros.
- **La Oración según la Biblia.** Su importancia.
- **Pensamientos Saludables.** Serias reflexiones.
- **Lo que debes saber,** qué es lo que más te interesa.
- **El Ideal más sublime.** Ser colaborador de Dios.
- **Dios y Yo.** Mis relaciones con Dios.
- **Catequesis sobre la Misa.** Para que sepas apreciarla.
- **Ejercicios Espirituales Bíblicos.** Interesantes.
- **Las Virtudes Cristianas.** Conócelas y practícalas.
- **¿Por qué leer la Biblia?.** Y su importancia.
- **¿Qué es el Evangelio?.** El libro más importante.
- **Los Siete Sacramentos.** Instituídos por Dios.
- **Cortesía y Buenos Modales,** que debes practicar.
- **La Religión a tu Alcance.** Instrúyete.
- **La Misericordia de Dios,** con los arrepentidos.
- **El Buen Ejemplo,** es el mejor predicador.
- **Siembra la Alegría.** Código de la amabilidad.
- **Breve Enciclopedia,** del Dogma la moral y el culto
- **El Valor del Tiempo,** y del silencio.
- **El Escándalo y el Respeto Humano.**
- **Los Salmos comentados,** Oraciones emocionantes.
- **La Vida Religiosa.** Su valor y su belleza.
- **Dios todo lo ve.** Vivimos sumergidos en El.
- **La Paciencia.** Su mérito y su valor.
- **La Ignorancia Religiosa.** Causa de todos los males
- **Las Persecuciones.** Las predijo Jesucristo.

- **Dios se hizo hombre,** para hacer al hombre como Dios.
- **Vence la Tentación.** Derrota a Satanás.
- **Ejercicios Espirituales.** Fin y destino del hombre.
- **Vida y Hechos de los Apóstoles,** ilustrados.
- **Se vive una sola vez.** Esfuérzate en vivir bien.
- **La Pasión de Jesucristo,** nos revela su gran amor.
- **Pensemos en el Cielo,** nuestra eterna morada.
-**¡Muerte! ¡Eternidad!.** Piénsalo y no pecarás.
- **Un Plan de vida para vivir bien,** y santamente.
- **Las Oraciones de la Biblia,** aprende a orar bien.
- **La Felicidad de morir,** sin dinero, sin deudas, ni pecados.
- **La Mujer en la Biblia.** Consejos a las jóvenes.
- **¿Existe el Pecado?.** El mayor de los males.
- **Ejemplos Doctrinales,** de muchísima enseñanza.
- **El Mayor de los Males.** El vicio de la impureza.
- **Los Hombres del Mañana,** ¿Cómo se forjan?
- **El por qué de los Castigos de Dios.**
- **Guiones Homiléticos,** Para los tres ciclos A.B.C.
- **Breve Historia del Pueblo de Israel.**
- **Orígenes de la Iglesia Católica,** fundada por Cristo.
- **Nuestro Caminar Bíblico.** Explicación de la Biblia.
- **Máximas Sapienciales,** consejos y ejemplos doctrin.
- **Lecciones de Jesucristo.** 30 meditaciones.
- **Curso Bíblico Práctico.** Conoce la Biblia.
- **El Valor del Catecismo.** Es importantísimo.
- **Pensamientos Bíblicos y Patrísticos.**

- **Diez Encíclicas de Juan Pablo II.** Síntesis de 320 p.
- **Síntesis Completa del Catecismo de la Iglesia.**240 p.
- **Véncete.** Triunfa de tí mismo, se valiente.
- **Los Males de la Lengua** y el valor del silencio.
- **Jesucristo, ¿Quién es y qué nos dice?**
- **Para dar sentido a tu vida,** enseñanzas prácticas.
- **En Manos de Dios,** confía en la Providencia.
- **Escucha a Dios y Respóndele,** en ello te va la vida.
- **Ejemplos Edificantes,** para aprender a vivir.
- **Novenas y Triduos,** para todos los santos.
- **Diccionario de Sentencias** de los Santos Padres.
- **El Auténtico Cristiano,** como lo quiere Dios.
- **Ejemplos que nos hablan de Dios,** muy interesantes.
- **Ejemplos sobre la Oración,** que te enseñan a orar.
- **Somos Blanco de Contradicción,** por seguir a Cristo.
- **La vida Presente y la Futura,** su diferencia.
- **Fe en Jesucristo,** es el camino de la salvación.
- **No te enfades,** enseñanzas y buenos ejemplos.
- **La Dicha de ser Católico,** es para agradecerlo.
- **Tres Temas Interesantes.** Lee y reflexiona.
- **La Misión de los Infieles,** debe de preocuparnos.
- **Verdades Fundamentales,** que debes meditar.
- **Alégrate en la Tribulacion,** por el tesoro que ganas
- **Los Vicios de la Juventud,** y sus remedios.
- **Catecismo Elemental,** fundamt. en el Ct. de la Igl.
- **Fomento de las Vocaciones,** religiosas y sacerdotal.
- **La Doctrina Católica,** expuesta con ejemplos.
- **Pensamientos y Ejemplos,** de la misericordia de Dios.

- **Dios habla al mundo de hoy.**
- **El por qué de las cosas.** Los grandes interrogantes.
- **Mensaje de Amor,** el mandamiento principal.
- **¿Qué dice Jesucristo a los Jóvenes de hoy?**
- **El Perdón de los Pecados,** puedes conseguirlo.
- **200 Máximas y Pensamientos.**
- **¿Existe la Vida Eterna?** Vida que no tiene fin.
- **Reflexiones Doctrinales,** para dar sentido a tu vida.
- **Solución a los grandes problemas.**
- **¿Por qué hay incrédulos y ateos?**
- **Los Novísimos,** expuestos con ejemplos.
- **¿Cómo debemos comportarnos?** Lecc. de cortesía.
- **Piensa en la Vida Eterna,** clave de la presente.
- **El Cristiano Ejemplar,** explicado con ejemplos.
- **Perdona, Señor, y ten piedad.** Misericordia de Dios.
- **El Servicio de Dios.** Exige diligencia.
- **Temed a Dios y Dadle Honor.**
- **Valor de la Concordia,** y males de la discordia.
- **Practica de la Mansedumbre,** y no te dejes llevar por la ira.